

¿Siguen vigentes los modelos explicativos del comportamiento electoral en España?

Fátima Recuero López

Universidad Pablo de Olavide, España.

freclop@upo.es

Resumen

El éxito electoral de las nuevas formaciones políticas que han surgido recientemente en España ha traído consigo un aumento de la volatilidad electoral y del cambio de voto de los ciudadanos, así como el debilitamiento del sistema de partidos bipartidista consolidado hasta el momento. El objetivo de este estudio es examinar si la investigación electoral consigue explicar esta importante transformación del comportamiento electoral de los individuos. Para ello se realizará un análisis para comprobar si los modelos explicativos del voto consiguen explicar la nueva realidad. Los resultados muestran que la investigación electoral sí daría respuesta a la nueva situación.

Palabras clave: Comportamiento electoral, volatilidad electoral, sistema de partidos, voto, cambio.

Are Still Current the Explanatory Models of Voting Behavior in Spain?

Abstract

The electoral success of the new political parties that have recently emerged in Spain has brought an increase of volatility and vote change of citizens, as well as the weakening of the two-party system established so

far. The aim of this study is to analyze whether the electoral research gets explain this major transformation of the voting behavior of individuals. An analysis is performed to check whether the explanatory models of vote get to explain the new reality. The results show that the electoral research itself would respond to the new situation.

Keywords: Voting behavior, electoral volatility, party system, vote, change.

1. INTRODUCCIÓN

En los últimos años el comportamiento electoral de los ciudadanos ha experimentado un profundo cambio. Lejos de la relativa previsibilidad anterior, parece haberse producido una ruptura de los patrones tradicionales del voto. La posición en la estructura social, la identificación partidista y la ideología determinaban en gran medida el partido por el que los individuos decidían votar. Estos anclajes con las formaciones políticas habían consolidado en España un sistema de partidos marcado por la estabilidad del bipartidismo. Sin embargo, la actualidad está marcada por la volatilidad electoral, la cual ha provocado importantes cambios en la vida política española. A la vez que parecen estar rompiéndose los lazos con los partidos tradicionales han surgido nuevas formaciones que están consiguiendo, en muy poco tiempo, un respaldo importante en las urnas. Una confluencia de factores, entre los que pueden señalarse la crisis económica y la corrupción política, ha propiciado un cambio importante en las lealtades partidistas, ya que el voto de los ciudadanos es mucho más volátil que hace sólo unos años. De esta manera los electores cambian con mucha más facilidad su voto, apoyando además a nuevas fuerzas políticas. El gran apoyo que éstas están consiguiendo parece haber empezado a poner fin al sistema bipartidista que hasta ahora conocíamos.

Esta imprevisibilidad que está marcando el actual comportamiento electoral de los españoles, y también en otros contextos, implica un importante reto para la investigación electoral. Los modelos tradicionales que explican el comportamiento electoral surgieron para explicar las continuidades existentes en el voto de los ciudadanos. De este modo, la literatura académica en esta materia se centra principalmente en los factores que dan estabilidad a la decisión de voto de los individuos, los cuales propician que voten a una determinada formación prácticamente de forma automática, como la identificación partidista y la ideología, mencionadas con anterior-

ridad. Sin embargo la nueva realidad, en la que los ciudadanos cambian su voto con mucha más facilidad y en la que partidos recién creados obtienen una importante representación, nos lleva a plantearnos si los modelos explicativos del voto siguen vigentes o si es necesario desarrollar nuevos paradigmas que expliquen la nueva situación.

El objetivo de este estudio es describir los cambios que se han producido en el comportamiento electoral de los españoles para analizar, con posterioridad, si los modelos electorales tradicionales consiguen explicarlos o no. La vigencia de dichos modelos tendría dos vertientes: conseguir explicar el volátil comportamiento de los electores y conseguir prever los cambios de voto. Tras dicho análisis se pretende llegar a una conclusión sobre si los modelos electorales consiguen adaptarse al nuevo patrón de comportamiento de los votantes, o si es necesario mejorarlos o desecharlos a la espera de desarrollar nuevos planteamientos que consigan explicar la nueva realidad.

2. LOS ANCLAJES ESTRUCTURALES DEL VOTO Y LA ESTABILIDAD ELECTORAL

En España, tras el proceso de consolidación democrática la competición política se estabiliza. Con la celebración de las primeras elecciones democráticas se configura un sistema de partidos de multipartidismo moderado. La caída de la UCD da paso a un sistema de partido dominante, debido a la posición hegemónica que ostenta el PSOE desde 1982 hasta 1993 (Martínez, 1992). A partir de entonces, y hasta las últimas elecciones generales celebradas en 2011, el sistema de partidos español se estabiliza en torno al bipartidismo. Como consecuencia de ello, el voto de los ciudadanos se normaliza en torno a las dos formaciones mayoritarias, PSOE y PP, existiendo así una gran previsibilidad en el comportamiento electoral. En este contexto el voto de los individuos se explicaría en gran medida por factores estables debido a la continuidad y el equilibrio en el voto a los partidos políticos establecidos.

La investigación electoral se centró desde sus orígenes en explicar las regularidades del comportamiento electoral, de modo que el voto de los españoles, en el contexto mencionado, era explicable a través de las teorías tradicionales del voto. Éstas dirigieron en un primer momento su atención a los factores sociológicos para explicar el voto de los ciudadanos. En este sentido, Lazarsfeld *et al.* (1960) afirman que el comporta-

miento electoral de los individuos se encuentra determinado por los factores sociales. Así, las características sociales, como la religión, el estatus socioeconómico o el lugar de residencia, marcarían las preferencias partidistas de los ciudadanos, ya que las mismas serían un reflejo o expresión de los grupos sociales a los que pertenecen. Desde esta perspectiva, el voto sería estable debido a que los individuos apoyarían al partido político que representa sus características sociales. El cambio de voto, aun siendo limitado, se explicaría por los propios cambios que experimentan los ciudadanos en su posición socioeconómica.

Siguiendo esta línea, Lipset y Rokkan (1967) señalan que el sistema de partidos vigente en cualquier país es el resultado de los conflictos existentes en el seno de la sociedad durante su desarrollo histórico. De esta manera, los partidos políticos surgirían para representar a cada uno de los bandos en disputa en un determinado eje de conflicto. Como consecuencia de ello, el sistema de partidos resultante de dichas divisiones se consolidaría y “congelaría”, ya que el voto sería un acto de expresión, apoyo y reafirmación del bando o grupo social de pertenencia, por lo que no se producirían cambios. Los ejes de conflicto que, según estos autores, habrían marcado el establecimiento de los sistemas de partidos en las sociedades europeas serían la clase social, la división centro-periferia, la religión y la división rural-urbano. Por ello, señalan como determinantes del voto a los siguientes *cleavages* o líneas de división: el *cleavage* religioso, el *cleavage* de clase, el *cleavage* rural-urbano y el *cleavage* centro-periferia. Estas líneas de división que condicionarían el comportamiento electoral serían producto de la estructura social y generarían un sentimiento de identificación debido a los lazos sociales que unirían a los individuos con los grupos, y partidos, que representan a su bando en cada uno de ellos (Bartolini y Mair, 1990). En este escenario, el voto, al ser un acto de expresión de la identidad social, sería prácticamente automático, por lo que las deserciones hacia la opción política que representa al bando social opuesto al propio serían mínimas.

Con posterioridad, la academia dirige su atención no ya a los factores sociológicos sino a los psicológicos para explicar el voto. Se desarrolla así una nueva perspectiva que se centra en el votante como sujeto individual en lugar de como miembro de un grupo social. En el marco de esta perspectiva se desarrollan dos importantes teorías que marcarán la investigación electoral hasta la actualidad: la teoría de la identificación partidista y el modelo ideológico del voto. La primera de ellas señala que

el voto se encontraría determinado por los lazos psicológicos (Borre y Katz, 1973) que tienen los individuos hacia un determinado partido político. Éstos tendrían una orientación afectiva hacia alguno de los partidos políticos existentes de modo que se identificarían con él. De esta forma, los ciudadanos votarían al partido político con el cual se identifican (Campbell *et al.*, 1980). La identificación con una formación política, la cual se desarrollaría en la etapa de socialización de los individuos, destacaría por su estabilidad, característica que se trasladaría al comportamiento electoral de los mismos.

En el marco de los sistemas multipartidistas la ideología contribuiría a explicar el voto más que la identificación partidista debido a la existencia de varios partidos políticos dentro del mismo bloque ideológico (Inglehart y Klingemann, 1976). En este contexto los individuos se identificarían con una ideología, en lugar de con una formación política, dentro del eje izquierda-derecha. La ideología funcionaría como un atajo cognitivo que permite a los ciudadanos sintetizar sus posiciones ante los diferentes temas, así como las de los distintos partidos políticos. En consonancia con ello, los votantes optarían por la formación política que tiene una ideología coincidente con la suya. El modelo ideológico del voto, que une estas premisas con el cálculo racional, señala que los individuos se posicionarían tanto a sí mismos como a los diferentes partidos en la escala izquierda-derecha, votando por aquel con el que tengan una menor distancia ideológica (Downs, 1957; Barnes y Pierce, 1971; Klingemann, 1972; Sani, 1974). Al ser las orientaciones ideológicas elementos también estables, tampoco tendrían lugar cambios significativos en el voto.

De esta manera, las teorías sociológicas y psicológicas se consolidan al explicar las continuidades del comportamiento electoral de los ciudadanos. Al sustentarse el mismo en las características sociales y psicológicas de los individuos, las cuales se caracterizan por su estabilidad, el voto sería un acto prácticamente automático, ya que sería expresión de las identidades sociales e individuales de los ciudadanos. En este escenario el comportamiento electoral se caracterizaría por su previsibilidad, ya que el cambio de voto, aunque posible, sería moderado por los anclajes de los individuos con los partidos políticos.

3. LA TRANSFORMACIÓN DE LA REALIDAD POLÍTICA Y ELECTORAL ESPAÑOLA

La fortaleza del sistema bipartidista, que consolidó sus bases a partir del año 1993, empieza a resquebrajarse por la confluencia de una serie de factores. Si bien podría situarse el inicio de la crisis económica como el detonante de la situación, existían factores que empezaban a mostrar el agotamiento de este modelo de competición política con anterioridad.

El clima político se encontraba caracterizado por la crispación protagonizada por los dos principales partidos, PSOE y PP. Éstos, lejos de alcanzar acuerdos y consensos, basaban su estrategia electoral en la polarización política, con la finalidad de mantener sus apoyos (Schmitt y Holmberg, 1995), de modo que sus respectivos discursos se encontraban dominados por los ataques al partido contrario. Esta negatividad, cuando traspasa un cierto umbral de aceptabilidad, podría generar efectos perjudiciales para el sistema político y los procesos electorales, pudiendo incluso desencadenar o agravar la crisis de la legitimidad y representatividad políticas (Brooks y Geer, 2007). Esta polarización impediría que los ciudadanos reciban información relevante para decidir su voto, así como la rendición de cuentas, ya que la responsabilidad por cualquier tema o circunstancia se atribuiría al rival político. Ello incrementaría la desafección política y el hastío de los ciudadanos, lo que se reflejaría en hechos como el aumento de la abstención electoral (Ansolabehere e Iyengar, 1995). Esta lógica se vería agravada por el negativismo de los medios de comunicación, los cuales reducirían en su cobertura los asuntos públicos a una competición entre los principales partidos, destacando además los aspectos negativos de la misma (Geer, 2006). La configuración del sistema mediático español fomentaría la confrontación, al estar los medios alineados con alguno de los partidos políticos existentes (González, 2008).

En este contexto se desencadena la crisis económica en 2008. La gravedad de la misma provoca importantes consecuencias en las condiciones de vida de los ciudadanos, con un considerable empeoramiento de las mismas. La elevada tasa de paro que se alcanza, la cual se sitúa entre las mayores de la Unión Europea, y el riesgo de exclusión social de los sectores sociales más desprotegidos, como aquellos que sufren los desahucios, son sólo una muestra de ello. El descontento de los españoles con la gestión de la crisis que realiza el Partido Socialista en el ejecutivo, además de aprobar recortes sociales que irían en contra de su programa,

propicia que pierda las elecciones generales de 2011 con el peor resultado de su historia hasta el momento. Le sucede el Partido Popular al frente del gobierno, el cual había ganado las mencionadas elecciones con mayoría absoluta. Sin embargo, la dilatación en el tiempo de la crisis económica y la ausencia de signos positivos que pueda sentir la ciudadanía genera un nuevo descontento con el nuevo gobierno.

Al mismo tiempo, saltan a la luz pública importantes casos de corrupción que afectan principalmente a los dos partidos mayoritarios, mostrando así los efectos negativos del bipartidismo. Tanto la corrupción como la crisis económica, así como el mencionado deterioro de la situación política, habrían propiciado un incremento de la desafección hacia la política reflejada en una caída de la confianza en las instituciones (Recuero, 2015a).

Ante esta situación, a la que los partidos tradicionales parecen no dar respuesta, surgen nuevas formaciones políticas que pretenden recoger el descontento existente y que plantean propuestas políticas diferentes para hacer frente a esta coyuntura política y económica. De esta manera, a inicios de 2014 se crea Podemos mientras que Ciudadanos, que existía desde 2006 en el ámbito catalán, decide incorporarse a la política nacional. Ambos partidos se presentan a las elecciones europeas celebradas en 2014 obteniendo importantes resultados. Podemos se sitúa en ese momento como la cuarta fuerza política del país, con más de 1.200.000 votos, a pesar de ser la primera cita electoral a la que se presenta, y Ciudadanos obtiene casi medio millón de votos en su salto a la política nacional.

Las elecciones autonómicas andaluzas de 2015, las siguientes en celebrarse, sitúan a Podemos y Ciudadanos como la tercera y la cuarta fuerzas políticas de la comunidad, al conseguir entrar en el Parlamento andaluz con 15 y 9 escaños respectivamente. Estos resultados suponen que ninguno de los partidos mayoritarios obtiene apoyos suficientes para formar gobierno.

De este modo, ninguno de los principales partidos puede gobernar sin el apoyo de alguna de las nuevas formaciones, necesitando así el PSOE para su investidura del apoyo de Ciudadanos. El éxito electoral de ambas formaciones sigue incrementándose en las elecciones autonómicas, para las comunidades de régimen común, y municipales que tuvieron lugar también en 2015. El bipartidismo, representado por el PSOE y el PP, muestra su retroceso electoral, mientras que las candidaturas apoyadas por Podemos, que no se presenta con sus propias siglas, consiguen

importantes alcaldías como la de Madrid y Barcelona, y Ciudadanos se postula como el socio necesario de los partidos mayoritarios para alcanzar el gobierno de diversas comunidades autonómicas.

Estos resultados electorales muestran el importante éxito electoral que han conseguido unas fuerzas políticas que acaban de incorporarse a la vida política española, lo que supondría una transformación electoral en este país prácticamente sin precedentes. Ello se debería a que los cambios ocurridos con anterioridad habrían tenido lugar por las consecuencias producidas por la desaparición de alguna de las formaciones políticas existentes y no por el surgimiento de nuevos partidos. Así, el éxito de estas nuevas formaciones habría tenido dos efectos complementarios. En primer lugar, habría dinamitado, a la espera de lo que ocurra en las futuras elecciones generales de 2015, un sistema de partidos bipartidista que hasta entonces parecía monolítico. En segundo lugar, el importante respaldo electoral alcanzado por estos nuevos partidos tendría como resultado un aumento de la volatilidad electoral y del cambio de voto, ya que el apoyo electoral a estas nuevas formaciones implica un trasvase de voto desde las formaciones tradicionales. De esta manera, en un escaso lapso de tiempo los españoles habrían modificado de forma considerable su comportamiento electoral, lo que podría implicar un debilitamiento de las lealtades partidistas tradicionales que favorecería el cambio de voto hacia los nuevos partidos. En este escenario es preciso analizar si la investigación electoral dispone o no de las herramientas necesarias para explicar este importante cambio de comportamiento de los ciudadanos.

4. EL DECLIVE DE LAS BASES ESTRUCTURALES DEL VOTO

A pesar del predicamento y difusión de las teorías sociológicas y psicológicas para explicar el voto, empieza a vislumbrarse que no son capaces de explicar el cambio de voto en el marco de unas sociedades que están viendo transformadas la estructura social donde se sustentaba la competición política tradicional. La volatilidad electoral y el auge de nuevas formaciones políticas, tanto en España como en el resto de sociedades occidentales, se explicaría en gran medida por el declive de las bases estructurales del voto.

La estabilidad del sistema de partidos en los países occidentales tenía su origen en el marco de una sociedad industrial (Lipset y Rokkan,

1967). Sin embargo, el paso de una sociedad industrial a otra postindustrial, con las importantes transformaciones que ello supone, ha afectado a las bases estructurales del voto. La estructura social en la que se sustentaban los *cleavages* tradicionales se ha visto transformada, lo cual afecta a la propia incidencia de los mismos en el voto. La clase social y la religión, los determinantes sociales más importantes del comportamiento electoral, se habrían visto especialmente afectados.

La evolución de la economía habría desplazado al sector industrial a un segundo plano por el auge del sector servicios. La importante reducción del porcentaje de la población dedicada al sector industrial habría alterado la propia lógica del *cleavage* de clase, unido a otros factores como la pérdida de poder de los sindicatos y el fenómeno de la globalización. De esta manera, las clases sociales se habrían desdibujado al perder su homogeneidad y haber prácticamente desaparecido la propia conciencia de clase (Hellwig, 2008), algo que se vería también favorecido por la mejora de las condiciones de vida de la clase trabajadora. Asimismo, se habrían reducido las diferencias existentes en las condiciones de vida dependiendo del lugar de residencia dentro de un país, tanto en el ámbito rural-urbano como en el del centro y la periferia. Por otra parte, el proceso de secularización desarrollado en los países occidentales habría propiciado también la disminución del número de personas que se encuentran insertas en algún grupo religioso, debido a la reducción de la implicación religiosa y de la asistencia a la iglesia (Franklin *et al.*, 1992). A ello habría que unir el importante aumento del nivel educativo de la población.

En consonancia con lo anterior los *cleavages* sociales ya no determinarían el voto en la medida en la que lo hacían en el pasado. Por ello, se habría producido un declive en la influencia que tienen los mismos en el comportamiento electoral, especialmente en lo que respecta a la clase social y a la religión. De este modo, la estructura social dejaría de explicar el voto debido a que los individuos ya no decidirían el mismo de acuerdo con sus lealtades de grupo (Franklin *et al.*, 1992).

De la misma manera, y también como consecuencia de las transformaciones experimentadas por las sociedades postindustriales, habría tenido lugar un declive de los factores psicológicos para explicar el voto. En este nuevo escenario los individuos serían más competentes políticamente debido al aumento del nivel educativo, del incremento de la información recibida mediante los medios de comunicación y de la mayor independencia de los mismos con respecto a los grupos sociales (Dalton, 1988; Dalton

y Wattenberg, 2000; Putnam, 2003). Asimismo, los partidos políticos habrían disminuido su importancia como los actores monopolizadores de la acción política. Todo ello habría propiciado, según Dalton (2000), que los ciudadanos no necesiten la identificación partidista como antaño para reducir la complejidad de la política y guiarse en la toma de decisiones. De esta manera, se habría producido tanto una disminución del número de individuos que se identifican con un partido como una reducción de la influencia de la propia identificación en el voto. Para este autor serían estos factores, y no la propia actuación de las formaciones políticas, las que provocarían el declive de la identificación partidista.

El advenimiento de la sociedad postindustrial también habría generado un declive de la ideología, ya que la misma dejaría de ofrecer una única explicación para toda la realidad (Bell, 1992). Las transformaciones acaecidas habrían producido una mayor diversidad socioeconómica del electorado, lo que disminuiría la relevancia de la ideología (Hellwig, 2008). Así, tanto los ciudadanos como los partidos políticos tenderían cada vez en mayor medida al centro ideológico (Knutsen, 1998), por lo que la ideología tendría un menor impacto en la decisión electoral.

En definitiva, el declive de las bases estructurales del voto, tanto sociológicas como psicológicas, propiciaría un aumento de la volatilidad electoral porque los individuos cambiarían con más facilidad su voto al no sentirse anclados a ninguna formación política. Unido a ello, la estabilidad del sistema de partidos se quebraría en favor de una mayor fragmentación, debido a que surgirían nuevos partidos políticos, así como escisiones de los tradicionales (Dalton y Wattenberg, 1993) con el propósito de representar los nuevos ejes de conflicto generados en las nuevas sociedades. A través de esta interpretación podría explicarse la nueva realidad política española, ya que la aparición de nuevas formaciones políticas está transformando el tradicional sistema de partidos bipartidista hacia un sistema más fragmentado, como consecuencia del éxito electoral que están alcanzando las mismas debido a que los ciudadanos cambiarían en la actualidad su voto con mayor facilidad.

5. LAS RESPUESTAS DE LA INVESTIGACIÓN ELECTORAL A LA NUEVA REALIDAD

El aumento de la volatilidad electoral y el cambio de las lealtades partidistas de los ciudadanos, en el marco de un nuevo sistema de parti-

dos más fragmentado, han generado dudas en torno a la capacidad de la investigación electoral para explicar la nueva realidad. El surgimiento de nuevas formaciones políticas que han conseguido instalarse en la vida política española, al igual que ha sucedido en otros países, con un gran apoyo electoral a pesar del arraigo del bipartidismo en España ha cuestionado los modelos explicativos tradicionales. Sin embargo, incluso las teorías surgidas para explicar el voto en base a los factores sociológicos y psicológicos incluyen en algunos casos salvedades o relajaciones de sus supuestos que pueden ayudar a comprender el nuevo contexto.

Algunos autores señalan que las características sociales seguirían siendo importantes para los individuos, pero que su relevancia electoral dependería de los grupos sociales a los que las diferentes formaciones políticas deciden dirigir sus propuestas y apelar (Elff, 2007). Ello podría suponer que los nuevos partidos podrían también hipotéticamente sustentar sus apoyos en los *cleavages* sociales, a pesar de que fueron las formaciones políticas tradicionales las que surgieron en torno a ellos, si los individuos consideran que aquellos les representan los mejor o si benefician a determinados colectivos (Downs, 1957). Asimismo, según Lipset y Rokkan (1967), el sistema de partidos de las sociedades europeas habría surgido como consecuencia de las divisiones existentes en el seno de las mismas durante su desarrollo histórico. Los partidos políticos nacerían así para representar a cada uno de los bandos en conflicto. Si actualizásemos dicho argumento, la pérdida de importancia de los conflictos tradicionales por los cambios que han tenido lugar en la estructura social traería como consecuencia la aparición de nuevas divisiones en la sociedad. De esta manera, los nuevos partidos políticos podrían surgir para representar a alguno de los bandos de los nuevos ejes de conflicto, como podría ser la disputa entre la vieja y la nueva política. Diversos autores han defendido este argumento al señalar que el sistema de partidos no se encontraría congelado, sino que el surgimiento de nuevos temas que dividen a la sociedad puede provocar a la aparición de nuevos *cleavages* unido a la obsolescencia de los anteriores. Los nuevos conflictos generados por la nueva estructura social pasarían a determinar el comportamiento electoral de los ciudadanos y a explicar el cambio de voto (Franklin *et al.*, 1992; Kriesi, 1998).

Ante esta nueva realidad podrían producirse dos tipos de comportamiento en lo que respecta a la pervivencia o no de los *cleavages* tradicionales, como señalan Franklin *et al.* (1992). En primer lugar que el de-

clive de los mismos tenga un componente generacional, de modo que los individuos de mayor edad sigan votando en base a dichos *cleavages*, mientras que los jóvenes, socializados en la nueva estructura social, no dependan de ellos para decidir su voto. En segundo lugar que el declive de los *cleavages* tradicionales afecte a todos los grupos de edad por igual, como consecuencia de que los jóvenes no tendrían fuerte lealtades sociales y de que los mayores cambiarían su comportamiento habitual.

Esta controversia sobre la incidencia diferenciada del declive de las bases estructurales del voto se traslada también a los factores psicológicos. De este modo, Dalton (2000) afirma que la decadencia de la identificación partidista tendría lugar sobre todo entre los jóvenes debido a los cambios producidos por el advenimiento de las sociedades postindustriales. Sin embargo, la propia teoría de la identificación partidista incluye diferentes supuestos sobre la influencia diferenciada de la misma en el voto. Así, la identificación partidista se fortalecería conforme más tiempo llevo identificándose una persona con una determinada formación. Por ello, la magnitud de la identificación partidista, así como su incidencia sobre el voto, sería mayor en las personas con más edad, ya que sus lazos con una determinada formación se extenderían durante un mayor lapso de tiempo. En los jóvenes, por el contrario, no habría transcurrido aún el tiempo necesario para que pudiera cristalizarse una identificación hacia algún partido político, por lo que cambiarían con mayor facilidad su voto al no tener lazos fuertes con ninguna formación (Converse, 1969, 1976).

Asimismo, la teoría de la identificación partidista, que adquiere una gran relevancia por sus resultados empíricos, contempla la posibilidad de que una persona vote a un partido diferente de aquel con el que se identifica por las circunstancias existentes en una determinada elección, volviendo en las siguientes a su voto normal (Converse, 1966).

En lo que respecta a la ideología, el declive de la misma ha desembocado en el desarrollo de nuevos planteamientos teóricos que tratarían de dar respuesta a la nueva realidad. En ese sentido, Inglehart (1977) señala que el debilitamiento de la dimensión izquierda-derecha habría venido acompañado de un cambio de valores entre la ciudadanía. El entorno de progreso económico en el que se habrían desarrollado las nuevas generaciones habría propiciado, según este autor, un cambio de los valores que priorizan las mismas pasando de los valores materialistas, en los que se sustenta la ideología, a los postmaterialistas. De esta manera, los individuos, sobre todo los jóvenes, guiarían su comportamiento en base

a estos nuevos valores, los cuales darían relevancia a cuestiones relacionadas con la realización personal, como la participación y el activismo políticos. Como consecuencia del auge de los valores postmaterialistas surgirían nuevos movimientos sociales y partidos políticos (Inglehart, 1991) que tratarían de incorporar y representar estos nuevos valores y temas en el espacio público (Scarborough, 1995). No obstante, existen autores que señalan que los nuevos valores postmaterialistas se añadirían a los anteriores representados por la dimensión izquierda-derecha, por lo que ésta seguiría teniendo relevancia (Knutsen, 1995).

De esta manera, las casuísticas especificadas por las propias teorías sociológicas y psicológicas, así como los desarrollos posteriores de las mismas pueden contribuir a explicar la nueva realidad política. En este sentido, el apoyo a las nuevas formaciones políticas provendría en mayor medida de los jóvenes que del resto de grupos de edad. De acuerdo con los argumentos anteriores, los jóvenes no compartirían lealtades hacia los grupos sociales tradicionales, ni habrían desarrollado una identificación fuerte con ninguna formación política y primarían los valores postmaterialistas. Estas circunstancias propiciarían el mayor apoyo de los jóvenes a los nuevos partidos, ya que los mismos no se sentirían “atados” a ninguna formación y cambiarían su voto con más facilidad al ser su comportamiento electoral más inestable. Además, los nuevos partidos representarían mejor las nuevas líneas de división en las que se han socializado los jóvenes, como el conflicto entre el materialismo y el postmaterialismo. No obstante, el respaldo a las nuevas formaciones también se encontraría determinado en alguna medida por los conflictos tradicionales. En este sentido, Recuero (2015b) señala que la religión, la ideología y la edad influirían en el apoyo a Podemos.

No obstante, las excepciones y nuevos desarrollos de las teorías tradicionales, que basan sus explicaciones en los factores sociológicos y psicológicos de los individuos, sólo explicarían el comportamiento electoral de una parte de los ciudadanos en el nuevo contexto político, como los jóvenes. Sin embargo, la volatilidad electoral y el cambio de voto afectaría, ya sea en mayor o menor medida, a la práctica totalidad de los sectores sociales. En este sentido, la investigación electoral, a raíz de las limitaciones de las teorías tradicionales y de su incapacidad de explicar el cambio electoral en su totalidad, ha ido desarrollando una serie de teorías que basarían el comportamiento electoral de los ciudadanos en factores racionales y/o coyunturales.

El debilitamiento de los lazos sociales y psicológicos con los partidos políticos propiciaría que los individuos fundamenten su decisión de voto en juicios racionales o que se vean influidos por los elementos coyunturales propios de cualquier elección. Entre este nuevo grupo de teorías se encontrarían la teoría de la elección racional, el voto retrospectivo y prospectivo, el voto temático, el voto económico y el liderazgo.

La teoría de la elección racional afirma que los votantes, lejos de los condicionantes anteriores, harían un cálculo racional del beneficio que obtendrían de cada partido político si alcanzasen el poder, optando así por aquel que les proporcione una mayor utilidad (Downs, 1957). Los beneficios que obtendrían los votantes no sólo provendrían de su propio provecho personal sino también del de toda la sociedad. De esta manera, los ciudadanos podrían votar a cualquier partido político, ya sea tradicional o nuevo, si consideran que obtendrían un mayor beneficio con él en el gobierno que con ningún otro.

La teoría del voto retrospectivo supone que el voto es un mecanismo de recompensa o castigo al partido en el gobierno por su gestión al frente del mismo (Key, 1966; Fiorina, 1981). Dependiendo de la actuación del ejecutivo, los ciudadanos optarán por mantenerlo en el poder o desalojarlo del mismo. Así, la consideración de que el partido en el gobierno ha llevado a cabo una mala gestión podría propiciar el voto a una nueva formación como acto de castigo por la misma. Una perspectiva opuesta a esta realidad es la que sustenta el modelo del voto prospectivo. Según éste, los ciudadanos votarán a un partido político u otro dependiendo de lo que éstos señalen que harán en el futuro si ganan las elecciones (Lockerbie, 1991). Así, los individuos optarán por la formación que consideren que les proveerá un futuro más próspero. Este modelo podría explicar el apoyo a los nuevos partidos ya que, en ausencia de una gestión pasada, las promesas futuras se configurarían como uno de los escasos mecanismos de los que disponen los individuos para evaluar a los mismos. Asimismo, el voto a las nuevas formaciones vendría motivado en gran medida por el desencanto con los partidos tradicionales, tanto en términos de gestión como de promesas políticas, por lo que las políticas que proponen hacer en el futuro cuando alcancen el poder, diferentes a las de los partidos establecidos, podrían explicar la preferencia política por las mismas en la actualidad. En este orden de cosas, las propuestas de las nuevas formaciones, como Podemos o Ciudadanos, en cuestiones como la corrupción política o la política económica y social podrían favorecer el voto a las mismas.

La teoría del voto temático, por su parte, señala que la especial relevancia que adquiere un tema político en un momento determinado conduciría a que los individuos optasen en las urnas por el partido represente su propia posición en torno al mismo (Campbell *et al.*, 1980; RePass, 1971; Miller *et al.*, 1976). De esta manera, las demandas ciudadanas en torno a una cuestión concreta, cuando ésta adquiere una gran importancia, determinaría el voto hacia la formación que defienda dicha postura. Como señala Pomper (1972), cuando los individuos creen que el partido que mejor defiende su posición ante el tema que considera relevante es diferente a aquel con el cual se identifican se produciría un ajuste en el marco de unas elecciones críticas. Ello supondría que los ciudadanos votarían por el partido que mejor representa su postura en ese tema cambiando o adaptando su identificación en favor de la nueva formación. Estos postulados podrían contribuir a también a explicar el cambio de voto de algunos ciudadanos en el contexto actual, debido a que la contradicción que pueden experimentar entre la lealtad hacia la formación política con la que se han venido identificado tradicionalmente y el partido que mejor representa en la actualidad su posición ante un tema que consideran relevante podría resolverse en favor de éste último. El tema que adquiere esa relevancia para los ciudadanos que les llevaría a cambiar su voto a una nueva formación, puede ser cualquier elemento de la realidad política, como por ejemplo podría ser la corrupción política.

El voto económico supone que los individuos atribuyen la responsabilidad de la situación económica al partido en el gobierno. De esta manera, cuando las condiciones económicas son positivas los votantes seguirían otorgando su confianza al partido en el gobierno. Por el contrario, cuando se atraviesa una etapa de crisis o las condiciones económicas son negativas los individuos dejarían de votar a la formación que sustenta al ejecutivo (Lewis-Beck, 1990; Lewis-Beck y Stegmaier, 2000). En este sentido, la crisis económica iniciada en 2008 ha supuesto la derrota electoral de la mayoría de los gobiernos europeos que tuvieron que hacer frente a la gestión de la misma. En lo que respecta a España, la gestión de la crisis económica ha implicado a los dos partidos políticos mayoritarios que sustentan el bipartidismo: el PSOE y el PP. El desencadenamiento de la crisis económica tuvo lugar con el PSOE en el gobierno nacional. El descontento ciudadano por la gestión que realizó este partido de la situación económica propició su derrota electoral en las elecciones generales de 2011, obteniendo el peor resultado de su historia hasta el

momento. Dichas elecciones tuvieron como resultado la victoria del PP por mayoría absoluta. La gestión gubernamental de este partido, cuyo principal objetivo era la recuperación económica, no consiguió mejorar los resultados de la economía hasta el final de la legislatura. Así, los ciudadanos no habrían percibido los signos de la reciente recuperación económica. De esta manera, el descontento con la gestión económica de los dos principales partidos políticos en España podría incidir en el voto a las nuevas formaciones políticas.

Por último, los líderes políticos pueden influir en el voto contribuyendo a que los individuos se decanten por una opción política u otra (Miller y Miller, 1976; Miller y Wattenberg, 1985). La creciente personalización de la política, así como el declive de las bases estructurales del voto, propiciaría que el impacto de los líderes sea mayor en el nuevo contexto político. Si algo caracteriza a los nuevos partidos políticos es la importancia que tiene en ellos el liderazgo. Tanto Podemos como Ciudadanos surgen en torno a la figura de un líder fuerte y carismático, Pablo Iglesias y Albert Rivera respectivamente. La atracción que generan cada uno de ellos podría aglutinar un importante número de votos hacia sus respectivas formaciones.

De este modo, el desarrollo de las teorías que basan su explicación del comportamiento electoral en factores racionales y/o coyunturales contrarrestarían las limitaciones que presentan las teorías sociológicas y psicológicas tradicionales. Así, la práctica totalidad de los factores que puede determinar el voto de los individuos en la nueva realidad política podría subsumirse o explicarse por alguna de las teorías ya existentes. No obstante, el hecho que podría condicionar el mencionado cuestionamiento de la capacidad de la investigación electoral para dar respuesta a los importantes cambios de voto que están teniendo lugar, sería la falta de consciencia ante el hecho de que los factores racionales y/o coyunturales podrían tener ahora más influencia que los factores tradicionales, tanto sociológicos como psicológicos, algo que no habría ocurrido hasta el momento, o al menos un impacto mayor que en el pasado en algunos grupos sociales. Por tanto, la investigación electoral sí daría respuesta a los importantes cambios de voto que están teniendo lugar en la actualidad con las teorías existentes. Otra cuestión, distinta a la explicación del comportamiento electoral, sería la capacidad de prever el voto de los ciudadanos. La propia identidad de la Ciencia Política, al igual que la del conjunto de las Ciencias Sociales, se circunscribiría a la explicación de

los acontecimientos de la realidad que ya han ocurrido. La predicción de los actos futuros de los individuos, como el voto, es siempre limitada debido al componente de imprevisibilidad que caracteriza a los mismos. No obstante, el aumento de la volatilidad electoral y la ruptura de los patrones tradicionales del voto por la creciente inestabilidad del comportamiento de los votantes podrían disminuir la capacidad de predicción, por lo que sería necesario mejorar los indicadores existentes.

6. CONCLUSIONES

El comportamiento electoral de los ciudadanos, y en concreto de los españoles, está experimentando una importante transformación en la actualidad. La aparición de nuevas formaciones políticas, como Podemos y Ciudadanos, que están consiguiendo un importante apoyo electoral habría propiciado un importante cambio en el voto de los individuos, lo que conduciría a una ruptura del sistema bipartidista. Ello supondría que se habrían roto los patrones tradicionales del voto y que el comportamiento electoral de los ciudadanos se habría vuelto más imprevisible, debido a la mayor inestabilidad del mismo como consecuencia de la mayor facilidad que entrañaría el cambio de voto. Por ello, el objetivo de este estudio ha sido describir los cambios que han tenido lugar en el comportamiento electoral para analizar, con posterioridad, si los modelos electorales consiguen explicar los nuevos determinantes del voto.

Las teorías tradicionales del voto, tanto sociológicas como psicológicas, se caracterizaban por explicar las continuidades del comportamiento electoral de los ciudadanos. Las características sociales, como la clase social o la religión, y los factores psicológicos de los individuos, como la identificación partidista o la ideología, determinarían el voto según las mismas. De esta manera, al ser estos elementos factores estables el voto sería un acto prácticamente automático que también se caracterizaría por su estabilidad.

Sin embargo, estas bases sociológicas y psicológicas empiezan a experimentar un declive como consecuencia de las transformaciones producidas por el paso de la sociedad industrial a la postindustrial, lo que tendría también sus efectos en el voto. Así, se cuestiona que las teorías tradicionales puedan explicar los cambios del comportamiento electoral. No obstante, estas propias teorías incluyen casuísticas y excepciones que flexibilizan sus supuestos, por lo que podrían contribuir a entender la nueva realidad.

En el marco de los modelos sociológicos, se señala que la importancia electoral de los *cleavages* sociales no habría desaparecido sino que dependería de que los partidos políticos decidan apelar a ellos. De esta manera, los nuevos partidos podrían sustentar sus apoyos en los mismos si los incorporan a su discurso político. Asimismo, la aparición de nuevos ejes de conflicto en el seno de la sociedad podría ser la causante del surgimiento de estas nuevas formaciones, por lo que los individuos se guiarían en su comportamiento por los nuevos *cleavages*.

En lo que respecta a la identificación partidista, la propia teoría señala que la identificación se desarrollaría y fortalecería conforme más tiempo lleven existiendo los lazos de los individuos hacia un determinado partido. De este modo, los jóvenes, en los que aún no habría transcurrido el tiempo necesario como para que desarrollen una identificación con una formación, cambiarían con más facilidad su voto al tener un comportamiento más inestable. Asimismo, esta teoría prevé también que los ciudadanos voten en unas elecciones por un partido político diferente a aquel con el que se identifican por las circunstancias concretas que rodean a la misma. No obstante, en la siguiente convocatoria volverían a su voto normal.

En cuanto a la ideología, el declive de las orientaciones izquierda-derecha vendría acompañado del surgimiento de nuevos valores en el seno de la sociedad: los valores postmaterialistas frente a los valores materialistas, los cuales serían representados por la dimensión ideológica tradicional. Estos nuevos valores priorizarían otros temas y elementos políticos, como la participación y el activismo político. Al surgir nuevos partidos para representar estos valores, los ciudadanos podrían basarse en los mismos para votar a éstos.

De esta manera, las casuísticas incorporadas por las teorías tradicionales, así como sus desarrollos posteriores, permitirían explicar el cambio de voto de una parte de la población. No obstante, para explicar el cambio de voto del conjunto de la sociedad se han ido desarrollado nuevas teorías que interpretan el voto de los ciudadanos basándose en factores racionales y/o coyunturales. Entre ellas se encuentran la teoría de la elección racional, el voto retrospectivo y prospectivo, el voto temático, el voto económico y el liderazgo.

La teoría de la elección racional supone que los ciudadanos harán un cálculo racional y votarán por aquel partido que crean que les propor-

cionará un mayor beneficio. El voto retrospectivo se sustenta en el argumento de que los individuos utilizarán su voto para premiar o castigar al partido en el gobierno por su gestión al frente del mismo. El voto prospectivo, desde una perspectiva contraria a la anterior, defiende que se votará a un partido u otro dependiendo de las propuestas que los mismos propongan desarrollar en el futuro si llegasen al gobierno. El voto temático, por su parte, afirma que cuando un tema adquiere una gran relevancia para los ciudadanos, éstos se decantarían por el partido que defiende su misma posición con respecto al mismo. El modelo del voto económico considera que el voto es consecuencia de las condiciones económicas del país, ya que se le atribuiría al gobierno la responsabilidad por las mismas. Si la situación de la economía es positiva se votaría al partido gubernamental y si es negativa se le retiraría el apoyo en las urnas. Por último, la importancia creciente de los líderes en la vida política actual podría propiciar que los individuos voten a una determinada formación por la imagen que tienen de su líder. En definitiva, todos estos factores podrían contribuir a explicar el voto a las nuevas formaciones políticas.

Este conjunto de teorías supone que los ciudadanos no se encontrarían “atados” a ningún partido político, ya que el voto sería el resultado de un juicio racional o de la influencia de algún elemento coyuntural. De esta manera, el cambio de voto sería tanto normal como perfectamente explicable. Así, la investigación electoral ofrecería respuestas para explicar el nuevo patrón de voto de los ciudadanos. No obstante, sería necesario mejorar los indicadores existentes para conseguir mejores predicciones del cambio de voto de los individuos.

Referencias Bibliográficas

- ANSOLABEHERE, Stephen e IYENGAR, Shanto. 1995. **Going Negative: How attack ads shrink and polarize the electorate.** Editorial Free Press. Nueva York (Estados Unidos).
- BARNES, Samuel y PIERCE, Roy. 1971. Public Opinion and Political Preferences in France and Italy. **Midwest Journal of Political Science**, Vol. 15. Nº 4: 643-660.
- BARTOLINI, Stefano y MAIR, Peter. 1990. **Identity, Competition and Electoral Availability. The Stabilisation of European Electorates 1885-1985.** Editorial Cambridge University Press. Cambridge (Reino Unido).

- BELL, Daniel. 1992. **El fin de las ideologías. Sobre el agotamiento de las ideas políticas en los años cincuenta.** Editorial Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid (España).
- BORRE, Ole. y KATZ, Daniel. 1973. Party Identification and Its Motivational Base in a Multiparty System: A Study of the Danish General Election of 1971. **Scandinavian Political Studies.** Vol. 8. Nº A8: 69-111.
- BROOKS, Deborah y GEER, John. 2007. Beyond Negativity: The Effects of Incivility on the Electorate. **American Journal of Political Science.** Vol. 51. Nº 1: 1-16.
- CAMPBELL, Angus; CONVERSE, Philip, MILLER, Warren y STOKES, Donald. 1980. **The American Voter,** Editorial University of Chicago Press. Chicago (Estados Unidos).
- CONVERSE, Philip. 1976. **The Dynamics of Party Support: Cohort-Analyzing Party Identification.** Editorial Sage. Beverly Hills (Estados Unidos).
- CONVERSE, Philip. 1969. Of time and partisan stability. **Comparative Political Studies.** Vol. 2. Nº 2: 139-171.
- CONVERSE, Philip. 1966. "The concept of a normal vote" en Campbell, A., Converse, P., Miller, W. y Stokes, D. (eds.). **Elections and the Political Order.** pp. 9-39. Editorial Wiley. Nueva York (Estados Unidos).
- DALTON, Russell. 2000. "The Decline of Party Identifications" en Dalton, R. y Wattenberg, M. (eds.). **Parties without partisans: political change in advanced industrial democracies.** pp. 19-36. Editorial Oxford University Press. Oxford (Reino Unido).
- DALTON, Russell. 1988. **Citizen Politics in Western Democracies: Public Opinion and Political Parties in the United States, Great Britain, West Germany and France.** Editorial Chatham House. Chatham (Reino Unido).
- DALTON, Russell y WATTENBERG, Martin. 2000). "Unthinkable democracy: political change in advanced industrial democracies" en Dalton, R. y Wattenberg, M. (eds.), **Parties without partisans: political change in advanced industrial democracies.** pp. 3-18. Editorial Oxford University Press. Oxford (Reino Unido).
- DALTON, Russell y WATTENBERG, Martin. 1993. "The Not So Simple Act of Voting", en Finifter, A. (ed.). **Political Science. The State of the Discipline II.** pp. 193-218. Editorial American Political Science Association. Washington DC (Estados Unidos).
- DOWNS, Anthony. 1957. **An Economic Theory of Democracy.** Editorial Harper and Row. Nueva York (Estados Unidos).

- ELFF, Martin. 2007. Social Structure and Electoral Behavior in Comparative Perspective: The Decline of Social Cleavages in Western Europe Revisited. **Perspectives on Politics**. Vol. 5. Nº 2: 277-294.
- FIORINA, Morris. 1981. **Retrospective Voting in American National Elections**. Editorial Yale University Press. New Haven (Estados Unidos).
- FRANKLIN, Mark; MACKIE, Tom, y VALEN, Henry. 1992. **Electoral Change. Responses to evolving social and attitudinal structures in western countries**. Editorial Cambridge University Press. Cambridge (Reino Unido).
- GEER, John. 2006. **In Defense of Negativity. Attacks Ads in Presidential Campaigns**. Editorial The University of Chicago Press. Chicago (Estados Unidos).
- GONZÁLEZ, Juan J. 2008. "Los medios en la democracia avanzada. ¿Hacia una democracia de audiencia?" en González, J. J. y Requena, M. (eds). **Tres décadas de cambio social en España**. pp. 345-382. Editorial Alianza. Madrid (España).
- HELLWIG, Timothy. 2008. Explaining the salience of left-right ideology in postindustrial democracies: The role of structural economic change. **European Journal of Political Research**. Vol. 47. Nº6: 687-709.
- INGLEHART, Ronald. 1991. **El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas**. Editorial Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid (España).
- INGLEHART, Ronald. 1977. **The silent revolution: changing values and political styles among Western publics**. Editorial Princeton University Press. Princeton (Estados Unidos).
- INGLEHART, Ronald y KLINGEMANN, Hans. 1976. "Party Identification, Ideological Preference and the Left-Right Dimension among Western Mass Public" en Budge, I., Crewe, I. y Farlie, D. (eds.). **Party Identification and Beyond**. pp. 243-273. Editorial Wiley. Londres (Reino Unido).
- KEY, Valdimer. 1966. **The responsible electorate**. Editorial Harvard University Press. Cambridge (Estados Unidos).
- KLINGEMANN, Hans. 1972. Testing the Left-Right Continuum on a Sample of German Voters. **Comparative Political Studies**. Vol. 5. Nº 1: 93-106.
- KNUTSEN, Oddbjørn. 1995. Value orientations, political conflicts and left-right identification: A comparative study. **European Journal of Political Research**. Vol. 28. Nº 1: 63-93.
- KNUTSEN, Oddbjørn. 1998. Europeans move towards the Center: A Comparative Longitudinal Study of Left-Right Self-Placement in Western Europe. **International Journal of Public Opinion Research**. Vol. 10. Nº 4: 292-316.

- KRIESI, Hanspeter. 1998. The Transformation of Cleavages Politics. The 1997 Stein Rokkan Lecture. **European Journal of Political Research**. Vol. 33. Nº 2: 165-185.
- LAZARSFELD, Paul; BERELSON, Bernard y GAUDET Hazel. 1960. **The People's Choice: How the voters makes up his mind in a presidential campaign**. Editorial Columbia University Press. Nueva York (Estados Unidos).
- LIPSET, Seymour y ROKKAN, Stein. 1967. **Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives**. Editorial Free Press. Nueva York (Estados Unidos).
- LEWIS-BECK, Michael. 1990. **Economics and Elections. The Major Western Democracies**, Editorial The University of Michigan Press. Ann Arbor (Estados Unidos).
- LEWIS-BECK, Michael y STEGMAIER, Mary. 2000. Economic Determinants of Electoral Outcomes. **Annual Review of Political Science**. Vol. 3: 183-219.
- LOCKERBIE, Brad. 1991. Prospective Economic Voting In U.S. House Elections, 1956-88. **Legislative Studies Quarterly**. Vol. 16. Nº 2: 239-261.
- MARTÍNEZ, Manuel. 1992. El sistema de partidos español: un caso de partido dominante. **Cuadernos de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol**. Nº 1: 77-92.
- MILLER, Arthur, y MILLER, Warren. 1976. Ideology in the 1972 Election: Myth or Reality-A Rejoinder. **The American Political Science Review**. Vol. 70. Nº 3: 832-849.
- MILLER, Arthur, MILLER, Warren, RAINE, Alden y BROWN, Thad. 1976. A Majority Party in Disarray: Policy Polarization in the 1972 Election. **The American Political Science Review**. Vol. 70. Nº 3: 753-778.
- MILLER, Arthur y WATTENBERG, Martin. 1985. Throwing the Rascals Out: Policy and Performance Evaluations of Presidential Candidates, 1952-1980. **American Political Science Review**. Vol. 79. Nº 2: 359-372.
- POMPER, Gerald. 1972. From Confusion to Clarity: Issues and American Voters, 1956-1968. **The American Political Science Review**. Vol. 66. Nº 2: 415-428.
- PUTNAM, Robert. 2003. **El Declive del Capital Social: Un estudio internacional sobre las sociedades y el sentido comunitario**. Editorial Galaxia Gutenberg. Barcelona (España).
- RECUERO, Fátima. 2015^a. "La percepción de la corrupción en España y su incidencia en la desconfianza hacia las instituciones en tiempos de crisis" en Marco, J. J. y Nicasio, B. (coord.). **La regeneración del sistema: re-**

- flexiones en torno a la calidad democrática, el buen gobierno y la lucha contra la corrupción.** pp. 423-437. Editorial AVAPOL. Valencia (España).
- RECUERO, Fátima. 2015. “¿Son los simpatizantes de Podemos representativos del conjunto de la población?” en **Actas del X Congreso Vasco de Sociología y Ciencia Política.** Editorial Asociación Vasca de Sociología y Ciencia Política. Bilbao (España).
- REPASS, David. 1971. Issue Salience and Party Choice. **The American Political Science Review.** Vol. 65. N° 2: 389-400.
- SCARBROUGH, Elinor. 1995. “Materialist-Postmaterialist Value Orientations” Van Deth, J. y Scarbrough, E. (eds.). **The impact of values.** pp. 123-159. Editorial Oxford University Press. Oxford (Reino Unido).
- SCHMITT, Hermann y HOLMBERG, Soren. (1995): “Political parties in decline?” en Klingemann, H. y Fuchs, D. (eds.). **Citizens and the State.** pp. 95-133. Editorial Oxford University Press. Oxford (Reino Unido).